



Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

Ensayo

Titulo: “La Construcción de la Subjetividad e Imagen Corporal: Influencia de la Sociedad actual”.

Autora: Gamba, Yamila del Rosario

Legajo: G-5004/1

Docente responsable: Ps. Roggero, Dianela

2018

Agradecimientos

Sería imposible nombrar a todas las personas que hoy se me vienen a la mente y que me acompañaron en este largo y gratificante proceso que fue mi paso por la Facultad...

Pero no dejo de pensar en mis pilares, mis viejos, que con su ayuda, apoyo incondicional y aliento, aún no sabiendo bien de que se trataba dicho recorrido, no soltaron nunca mi mano y siempre estuvieron al pie del cañón...

A mi hermana que además de vivir conmigo durante este recorrido me acompañó y aconsejó a cada momento, creciendo juntas en nuestro pasó por la ciudad...

A mi compañero de vida que siempre estuvo ahí y nunca soltó mi mano...

A mis amigas, las de toda la vida y las que me dejó este transcurso por la facu que definitivamente fueron muy importantes para el recorrido del mismo...

A Diane, mi graduada responsable, que además de aportarme esclarecimiento a mis ideas, hizo que el transcurso de este escrito sea de un clima muy cálido y acogedor a su lado...

Índice

Resumen.....	4
Introducción.....	5
Capítulo I:	
Un recorrido teórico sobre la constitución subjetiva.....	6
Capítulo II:	
Imagen corporal vs esquema corporal.....	9
Capítulo III	
Infancia y sociedad actual.....	13
Conclusión.....	19
Referencias bibliográficas.....	21

Resumen

Este Trabajo Integrador Final se pensó bajo la modalidad de escritura del ensayo, teniendo como objetivo principal delinear la temática de la construcción de la subjetividad e imagen corporal, para luego ahondar en la influencia que tiene la sociedad actual en la configuración y modelación de la misma. De modo que se abordó la lectura de diferentes autores vistos a lo largo de la carrera para poder servirnos de dichos conceptos.

Se abrieron diferentes interrogantes al respecto, que algunos, pudieron ser abordados con el recorrido del escrito, y otros quedan abiertos para un futuro replanteo.

Por último, las consideraciones finales se organizaron en torno a su abordaje en una futura práctica clínica, teniendo en cuenta la emergencia de nuevas formas clínicas retomando y repensando conceptos fundamentales de psicoanálisis.

Palabras claves: Construcción de subjetividad, Imagen corporal, esquema corporal, medios de comunicación, sociedad actual.

Introducción

La temática elegida para el desarrollo del Trabajo Integrador Final (T.I.F), fue seleccionada entre una gran variedad de temas trabajados a lo largo de la carrera y en relación a un tema que tiene auge en estos tiempos. *La Construcción de la Subjetividad e Imagen Corporal: Influencia de la sociedad actual.* Estimamos que es un tema importantísimo porque se puede considerar tanto como hilo conductor de la Carrera de Psicología, como así también de nuestra futura práctica como psicólogos.

Consideramos que la construcción de la subjetividad es como el cimiento mismo de la existencia del sujeto, lo que se va constituyendo antes y desde el nacimiento, donde la participación del otro (quien cumpla la función de madre o padre) es fundamental para que esto se produzca. Será quien llame, apueste y lea en ese pedazo de carne diferentes necesidades fundamentales para su existencia.

Es con la entrada en lo simbólico, la adquisición del lenguaje, que los seres humanos, nos diferenciamos de los animales; es la capacidad de poseer un aparato fonológico que nos permite articular el lenguaje, y así delimitar nuestro cuerpo, consolidarlo, poseerlo, procurarnos de las sensaciones que este produce, reconocerlo como propio y diferente al de los otros. Por lo tanto, el cuerpo atravesado por lo simbólico, será el posibilitador del contacto con el mundo exterior, de que el sujeto mediante el lenguaje establezca un lazo social. De lo contrario puede pasar, como desviación de lo necesario, que ese otro no esté atravesado por el mismo, que su lenguaje sea tan hostil que desestime al niño como sujeto y no permita su constitución, o lo que tendría el mismo fin, que no sea donador, a través de su lenguaje o falta de él, de lo simbólico que el niño necesita para constituirse como sujeto. Entonces es gracias al lenguaje que podemos ser introducidos en este mundo, lo cual nos da la posibilidad de constituirnos como sujetos de deseo, de *deseo de otro*.

A raíz de esto, nos parece oportuno realizar un análisis de la relación entre la constitución subjetiva y la sociedad, la cultura de estos tiempos. Dicha relación nos lleva a pensar que no es igual la sociedad en la que Freud por primera vez hablaba de la constitución subjetiva en adultos, de la que vemos en la actualidad, donde observamos que la sociedad deja sus marcas en el psiquismo de nuestros niños. Por lo que nos parece pertinente replantearnos como es construida la imagen corporal, a través de las influencias del capitalismo, los medios de comunicación, entre otros de los muchos dispositivos cautivadores de atención que presenta la sociedad actual.

A partir del abordaje de dicha temática, nos fueron surgiendo distintos interrogantes que marcaron el camino del desarrollo del presente trabajo final. Los primeros interrogantes que surgieron: ¿La subjetividad es construida en los primeros años de vida y desde allí perdura sin modificaciones a la adultez? ¿Es posible pensar que las subjetividades son modificadas y moldeadas por las influencias, ya sea de personas y/o elementos que nos rodean? Y de ser esto posible ¿Cómo moldean los medios de comunicación las subjetividades? ¿Qué influencias tienen los medios de comunicación sobre los sujetos? ¿Pueden éstos modificar perspectivas personales sobre la imagen de sí mismo? ¿Qué imagen corporal venden las publicidades?

Capítulo I

Un recorrido teórico sobre la constitución subjetiva **¿Somos cuerpos o sujetos?**

Si Eduardo Galeano decía que los seres humanos estamos hechos de historias, me atrevería agregar que también estamos hechos de deseos, que se van engendrando en nuestro cuerpo, por el amor que otro supo donar en los primeros tiempos de nuestra vida. Así es, el deseo de los seres que nos anteceden, constituye uno de los materiales simbólicos más importantes de la subjetividad humana, que conforma el núcleo del campo de deseo de la vida por advenir. El deseo no es algo que se enseñe, es una fuerza que se dona y se transmite inconscientemente (Rocha, 2018: 38).

Como punto de partida, tomamos el concepto de *subjetividad* desde el diccionario de psicología, donde lo define como lo propio del sujeto singular. Se construye en la trama intersubjetiva, desde las experiencias infantiles tempranas, en la pertenencia obligada a los vínculos que son los producidos y a la vez los que producen distintos tipos de subjetividad.

El recién nacido o “cachorro humano” (según Lacan), al abandonar el vientre materno llora, porque el hecho de ingresar a un mundo totalmente diferente al ámbito intrauterino constituye un primer trauma. Abandonar un lugar ideal para ingresar a un lugar “real” es toda una situación nueva y dolorosa, una primera prueba psíquica de adaptación y asimilación donde se pondrán en juego dos cosas importantes: la dotación biológica del pequeño y el espacio virtual creado por la madre que recibe a esa nueva vida. Por ello, inmediatamente, el pequeño necesita conectarse con quien será su primera figura de apego. En ese espacio real y sensible, comenzará a tejerse los nudos más significativos de enlace al mundo, que permitirá el armado de una estructura particular que denominamos subjetividad (Rocha, 2018: 38).

Siguiendo a Lacan, podemos decir que para pensar la estructuración psíquica de forma adecuada, tenemos que pensar el anudamiento de los tres registros planteados por él, lo simbólico, lo imaginario y lo real. El anudamiento borromeo, que constituye al sujeto en sujeto deseante. Como fuimos diciendo con anterioridad, la presencia de Otro es la posibilidad de pensar en la existencia de una falta que permitirá que a partir de ella se estructure el deseo de ese nuevo sujeto.

Leyendo a Winnicott (1960), podemos decir que, durante las primeras fases del desarrollo, el niño pequeño y quien cumpla la función materna, formarán una unidad, donde se pertenecen mutuamente y son inseparables. Aquello que hace unidad con el recién nacido no es una persona sino una función puesta en acto por una madre, un padre o una niñera. Todo aquello, que el adulto, que tenga a cargo al niño, haga, en el ejercicio de esta función estará determinado por su historia, en la que a su vez incluye la historia de sus propios padres en relación a él como hijo (Yorlano, 2005).

Es lo que llamamos simbiosis normal, en donde es esperable que el bebé se comporte como si él y su madre formasen una unidad. El bebé no percibe el estado de indiferenciación, de fusión con la figura materna, en la cual el Yo no se diferencia del no-Yo, como tampoco el exterior del interior. El bebé irá tomando conciencia gradualmente de la existencia de un objeto que satisface sus necesidades: la madre.

En este vínculo, el pequeño y su madre, inscribirán- juntos- los primeros significantes más preciados de la vida. La madre deberá aprender a decodificar cada gesto y cada pedido, oculto tras los primeros modos de expresión del niño, otorgándole un sentido propio, y el niño tendrá la tarea de encontrarse en las imágenes que refleje ese espejo materno.

Esta demanda del Otro rompe con el estado de necesidad con el que nace el niño, y así, a través del lenguaje, es el Otro el que va creando en ese *puro cuerpo cosa*: agujeros, bordes, protuberancias, tatuando de este modo un mapa corporal producto del deseo del

Otro, que lo erogeniza, lo pulsionaliza, es decir, le crea en el cuerpo una falta, una marca, una forma de faltarle algo. Estas faltas primordiales generan la caída de ese *cuerpo cosa, carne*, puro real, que al caerse se encuentra sujeto al Otro. Estas marcas, estas maneras de faltarle algo en el cuerpo, lo transforman en un cuerpo erógeno y simbólico (Levin, 1991).

Entonces, la construcción de la subjetividad es como una especie de trabajo de hilvanado que todo niño debe realizar; lo lleva a cabo atravesando cada experiencia, a modo de puntadas que entran y salen de esa increíble y compleja superficie llamada cuerpo. Entramado simbólico que lo sujeta y permite que se constituya. Por ello, decimos que la subjetividad se constituye en los tiempos singulares de cada niño y en el decurso del desarrollo del crecimiento de su cuerpo. El cuerpo se desarrolla, mientras la subjetividad se constituye. Todas las significaciones que la madre le da al llanto del niño, nos demuestran, que son las palabras las que le dan consistencia a las funciones corporales, y van dando cuerpo, a la imagen de un cuerpo, que se irá unificando desde el lenguaje.

“El yo es una construcción que se forma por identificación con la imagen especular de estadio del espejo” (Evans, 2010:197).

Lacan para desarrollar su teoría sobre el estadio del espejo, parte indudablemente de los postulados freudianos. Sobre el período que coincide, con la fase del autoerotismo denominada por Freud, en la cual, las pulsiones parciales están subordinadas al placer de las pulsiones autoeróticas, el niño sólo busca placer. Se trata de una fase en la cual el bebé cuenta con un cuerpo fragmentado. Esto último quiere decir que el niño pequeño, que aún no camina, no posee una imagen integrada de su cuerpo, es decir, que no puede aún relacionar sus diferentes partes formando un todo. Lacan instaura el Estadio del espejo como tentativa de elaboración de una teoría que dé cuenta del establecimiento del primer esbozo del yo, es decir como proceso que se ordena esencialmente en torno a una experiencia de identificación imaginaria, por lo tanto la transformación producida en un sujeto cuando asumen una imagen (Casas, 2002).

El bebé va a anticipar imaginariamente la forma total de su cuerpo a través de la imagen reflejada en el espejo. Ésta conquista de unidad no es posible, si no fuese la voz y la mirada de la madre o quien cumpla su función, que acompaña y sostiene al niño en su devenir como sujeto, nombrando aquello que el bebé descubre con gestos, palabras y caricias, permitiendo así, que exista una imagen del cuerpo unificada.

Al reconocimiento de la imagen unificada del cuerpo reflejada en el espejo, Lacan la denomina como *narcisismo originario*, es decir el momento fundante de la imagen del cuerpo del niño a partir del amor de quien cumpla la función materna. Pero para que el pequeño pueda apropiarse de su imagen, para que pueda interiorizarla, se requiere como condición principal tenga un lugar en este Otro con mayúsculas (Rojas Hernández & Soto Pérez, 2007).

Con lo que Lacan establece con anterioridad, percibe que la unificación de la imagen especular, posibilita la identificación primaria que da forma al yo en el estadio del espejo. Es el momento en el que se produce el anudamiento de la mirada del niño con quien cumpla la función materna y a partir de la devolución de esta mirada, posibilita que el niño advenga como sujeto y le permite de esta manera no quedar atrapado en lo puramente imaginario. Por lo que entendemos la importancia que se le adjudica desde el psicoanálisis a este acontecimiento en donde opera la adquisición de un cuerpo, la imagen fundante y constitutiva de todo sujeto.

También la *constitución del sujeto* exige que haya un Otro que desempeñe la ‘función paterna’. Esta última no se realiza desde la presencia real sino que implica una operación simbólica. Con esto queremos decir, que opera desde la palabra de un Otro que la

desempeñe y desde allí ejerce sus efectos. No obstante, sólo puede operar en la medida en que es habilitada por la palabra de quien ejerce la función materna.

Por lo tanto, desde la lectura psicoanalítica lacaniana, la función del padre pasa a estar interdicta por la palabra de la madre, ya que es la madre quien nombra al padre como un significante y le da un lugar en la constitución psíquica. En este sentido, el padre no es una persona ni un sujeto, ni un rol, sino únicamente un significante que viene a sustituir otro significante. Esto es el padre como función, es decir el padre no es el padre real sino que es el padre simbólico.

Momento clave, en donde se da lo que se conoce como la *metáfora paterna* sustitución de un significante por otro: deseo de la madre por significante nombre del padre. Separando así al niño de su madre, por lo tanto separa al sujeto de su objeto incestuoso. Metáfora paterna introduce la Ley, el nombre del padre nombrado por Lacan, que aparece en el segundo tiempo del Edipo dando lugar a la prohibición del incesto (Lacan, 1999).

De esta forma la *prohibición del incesto* es entendida como Ley estructurante, primitiva y primordial sobre la cual reposa la constitución del sujeto como tal. Además es un elemento constitutivo del estado de la cultura ya que cumple la función organizadora y estructurante del psiquismo del niño. Por lo tanto, que un sujeto pueda advenir como tal y que pueda ingresar al campo de la cultura va a depender de esta operación fundante que es la función paterna. Es una función esencialmente simbólica, que nomina, da su nombre y por este acto encarna la Ley (Bleichmar, 2016).

Entonces podemos decir que la constitución subjetiva comienza en los primeros años de vida del niño y que es un proceso que se irá moldeando con las experiencias que vayan transcurriendo a lo largo de la vida del sujeto, e inscribiendo, al decir de Freud, por la impresión de huellas mnémicas, aquellas inscripciones psíquicas que se van anudando y reorganizando de modo alguno que marcan la estructuración psíquica (Freud, 1900).

Es así, que creemos pertinente destacar, que en los primeros años de vida del sujeto, como así también en la vida intrauterina, lo fundamental para su futura constitución como sujetos, es la existencia del deseo de un otro. Por lo que sirviéndonos de lo aportado por Bleichmar, podemos destacar, que la vivencia de placer no se constituye solamente por la mera aportación de elementos nutricios, sino por el hecho de que ese elemento nutricional es introducido por otro humano (Bleichmar, 1993). Para nosotros, otro sujeto que no sólo alivia la necesidad biológica, sino que simultáneamente introduce, a través de su deseo, caricias, miradas, palabras que acompañan los gestos, y que son claves para dicha constitución.

Capítulo II

Imagen corporal vs esquema corporal

En términos generales acerca de lo expuesto en el primer capítulo comprendemos la importancia que se brinda a la *presencia del Otro en la constitución subjetiva*. Por esta razón, en este segundo capítulo, nos pareció oportuno traer conceptos tan fundamentales para el desarrollo de la misma, como consideramos que lo son la imagen corporal y el esquema corporal, ya que es a través del reconocimiento de su imagen en el espejo que el niño empieza a constituirse como sujeto.

El concepto de imagen corporal es una construcción psicológica compleja. Se refiere a cómo la autopercepción del cuerpo genera una representación mental que incluye emociones, pensamientos y conductas asociadas. Las personas vemos parte de nuestra superficie corporal, tenemos impresiones táctiles, térmicas y dolorosas, pero más allá de estas experiencias inmediatas está la unidad del cuerpo que es percibida por nosotros y es la que llamamos esquema corporal, la imagen tridimensional que todos tenemos de nosotros mismos (Schilder, 1935).

El esquema corporal es lo que uno puede decir o representarse acerca de su propio cuerpo. La representación que tenemos del mismo. Es del orden de lo evolutivo, de lo temporal. Dentro del mismo se encuentran las nociones de propioceptividad, interoceptividad y exteroceptividad. Y es en la evolución psicomotriz del niño, donde se irá construyendo el esquema corporal, por lo que es la noción, el concepto que el niño se hace de su propio cuerpo. La diferencia entre la imagen y el esquema corporal, es que el primero es constituyente del sujeto deseante y, como tal, es un misterio, no es en absoluto del orden de lo evolutivo, se va constituyendo en el devenir histórico de la experiencia subjetiva. Por eso se relaciona con la inscripción, con la demarcación mnémica. Es singular y propia de cada sujeto, es incomparable e inmedible, y en este sentido torna singular y propio al esquema. En cambio, el esquema corporal es susceptible de ser medido, comparado con otro (Levin, 1991). Gracias a nuestra imagen del cuerpo portada por -y entrecruzada con- nuestro esquema corporal, podemos entrar en comunicación con el otro.

El esquema corporal refiere el cuerpo actual en el espacio a la experiencia inmediata. Puede ser independiente del lenguaje, entendido como historia relacional del sujeto con los otros. La imagen del cuerpo refiere el sujeto del deseo a su gozar, mediatizado por el lenguaje memorizado de la comunicación entre sujetos. Se articula con él a través del narcisismo, originado en la carnalización del sujeto en la concepción. La imagen del cuerpo es siempre inconsciente, y está constituida por la articulación dinámica de una imagen de base, una imagen funcional, y una imagen de las zonas erógenas donde se expresa la tensión de las pulsiones (Dolto, 2015).

Dolto, en su libro *'la imagen inconsciente del cuerpo'*, plantea que dicha imagen, es propia de cada individuo, que se forma durante los tres primeros años de vida y se organiza siguiendo los estadios de desarrollo del niño. Cada etapa de la formación de esta imagen se construye a costa de la aceptación de la castración. Es fundamentalmente inconsciente y se estructura en el seno de la relación deseante, lingüística y afectiva con el otro.

El autor, reconoce tres componentes de la imagen inconsciente del cuerpo:

- La imagen de base, es la que le da al niño la convicción de que su cuerpo se asienta sobre un suelo firme que lo sostiene y lo soporta.
- La imagen Funcional, es la imagen de la sensación de un cuerpo inclinado a la satisfacción de necesidades y deseos, un cuerpo al acecho de objetos concretos que puedan saciar sus necesidades y en busca de objetos imaginarios y simbólicos para satisfacer sus deseos. El cuerpo infantil de la imagen funcional, nunca es un cuerpo calmo y sereno, sino que es un cuerpo en constante actividad, abierto a intercambios

sustanciales con una madre que responde a las necesidades y entregado a intercambios sutiles, a los deseos de ternura y a las solicitudes de placer.

- La imagen Erógena, imagen de un cuerpo sentido como un orificio entregado al placer, cuyos bordes se contraen y se dilatan al ritmo alternado de la satisfacción y la carencia.

Así es como releendo a Levin, podemos sustentar, que dicho autor sostiene que además de concordar con lo antes dicho por Dolto, el esquema corporal especifica ciertas características de la especie, plantea como diferencia con su propuesta, que el esquema corporal se interrelaciona de tal modo con la imagen del cuerpo que también él está íntimamente ligado a la constitución subjetiva e histórica de ese sujeto y que como tal es efecto del lenguaje que a su vez lo atraviesa hasta darle existencia. Por lo tanto el esquema corporal posee un lado generalizable y al mismo tiempo su escritura-representacional que lo constituye como único. La imagen corporal es inconsciente y se relaciona con el recorrido libidinal que esquematizó el Otro en el cuerpo. Se da *a ver* en el esquema corporal, es decir que ambos conceptos se diferencian, pero también se correlacionan (Levin, 1991).

La elaboración de esta imagen del cuerpo puede ser estudiada tan solo en el niño, en el curso de la estructuración de su esquema corporal, en relación con el adulto educador: porque lo que llamamos imagen del cuerpo queda después reprimido, en particular por el descubrimiento de la imagen esópica del cuerpo, y luego por la castración edípica. En el niño, durante los tres o cuatro primeros años, ella se constituye en referencia a las experiencias olfativas, visuales, auditivas, táctiles, que poseen valor de comunicación a distancia, sin contacto de cuerpo a cuerpo, con los otros: la madre, primeramente, pero también las otras presencias del entorno. Cuando no hay nadie, cuando hay una experiencia sensorial nueva en ausencia de testigo humano, se trata, teóricamente, del esquema corporal solo. Pero en la práctica, esta experiencia sensorial está, para el propio sujeto, recubierta por el recuerdo de una relación simbólica ya conocida.

La imagen del cuerpo se estructura en la relación intersubjetiva, cualquier interrupción de esta relación, de esta comunicación, puede tener efectos dramáticos. El lactante que espera a una mamá que se ha marchado dos semanas atrás, la espera tal cual lo dejó. Cuando ella vuelve, quince días después, la ve distinta, y él también es distinto, en su realidad. Aquí es cuando puede instalarse el autismo, porque el niño no reencuentra en su madre ni a la misma madre de antes ni a el mismo (Dolto, 2015).

Edificada en la relación del orden lingüístico con el otro, la imagen del cuerpo constituye el medio, el puente de la comunicación interhumana. Ello explica, a la inversa, que el vivir con un esquema corporal sin imagen del cuerpo sea un vivir mudo, solitario, silencioso. El sujeto autista o psicótico permanece cautivo de una imagen incomunicable, imagen animal, vegetal, o imagen de cosa, donde no puede manifestarse más que un ser-animal, un ser-vegetal o un ser-cosa, respirante y pulsátil, sin placer ni sufrimiento. Por lo tanto, podemos decir que la imagen corporal es la que le permite hacer lazo al sujeto, teniendo un lenguaje y estando en el discurso.

Como decíamos anteriormente, tomando lo dicho por Dolto, la construcción de esta imagen va a depender de que cada etapa de la formación de la misma, se construye a costa de la aceptación de la castración, por lo que dichas castraciones, deben adquirir valor simbólico, y para ello, es necesario que el esquema corporal del niño esté en condiciones de soportarla. Hay un momento preciso para aportar cada castración; este momento es aquel en el que ya las pulsiones, aquellas que están en curso, han aportado cierto desarrollo del esquema corporal que hace al niño capaz de obtener placer de otra manera que en la satisfacción del contacto cuerpo a cuerpo, el cual ha dejado de ser absolutamente necesario a este espécimen de la especie humana que representa el organismo cuerpo, para que sobreviva en cuanto ser de necesidad. Hay que añadir que a este organismo que hace al niño un ser de necesidad le está asociado un sujeto de deseo. El sujeto que, se halla

presente ya desde la fecundación, no se manifiesta más que a través de deseos. Estos deseos no pueden separarse de una manera inmediata de su conjunción con las necesidades. El lenguaje, en el sentido amplio del término, y en el más preciso de palabras, constituye la mediación de esas evoluciones que son las castraciones superadas.

Lo que permite al sujeto la integración motriz de su propio cuerpo -integración que sanciona, en la relación con el otro, la castración anal-, es aquel momento narcisístico que la experiencia psicoanalítica permitió llamar estadio del espejo. En la constitución de la imagen del cuerpo, las pulsiones escópicas ocupan un lugar muy modesto, incluso totalmente ausente para la organización del narcisismo primario. El espejo va a aportar esa experiencia: la apariencia de otro desconocido, la imagen de un bebé como el sujeto ha podido ver otras en el espacio y que él ignora como suya; esta imagen escópica debe entonces superponerse para él a la experiencia, ya conocida, del cruzamiento de su esquema corporal con su imagen del cuerpo inconsciente. Únicamente la experiencia del espejo posibilita al niño el choque de captar que su imagen del cuerpo no bastaba para responder de su ser para los otros, por ellos conocido. Y que por tanto, su imagen del cuerpo no es total. Lo cual no significa que la imagen escópica responda de él. A esa herida irremediable de la experiencia del espejo se la puede calificar de agujero simbólico del que deriva, para todos nosotros, la inadaptación de la imagen del cuerpo al esquema corporal, cuyo irreparable daño narcisístico muchos síntomas apuntarán en lo sucesivo a reparar.

Todo bebé que ve su imagen de lejos en un espejo, sobre todo la primera vez, experimenta una jubilosa sorpresa, corre al espejo y exclama, si sabe hablar, *¡Un bebé!*, mientras que, cuando habla de sí mismo, ya se nombra pronunciando los fonemas de su nombre. Es decir que no se reconoce. A partir de aquí será llevado a descubrir su apariencia y a jugar con ella; hasta aquí, cuando existía la imagen del cuerpo en la relación del sujeto a lo deseado, era siempre inconsciente y se hallaba en intuitiva referencia al deseo del otro. La visión de su imagen en el espejo impone al niño la revelación de que su cuerpo es una pequeña masa al lado de tantas otras masas de diferentes dimensiones y sobre todo de la gran masa de los adultos. El no lo sabía. También hay esto de nuevo: el descubrimiento de un rostro y de un cuerpo desde ahora inseparables el uno del otro. Por tanto el niño ya no puede, en la realidad, a partir de la experiencia escópica compartida con otro, confundirse ni con el otro ni con el otro del otro, quiero decir: ni con el padre, ni con la madre, ni con un hermano mayor, lo que gustosamente hacía antes.

Antes de la experiencia del espejo plano, era el esquema corporal de la madre, su cuerpo en la realidad, el que daba sentido a las referencias del narcisismo primordial o fundamental de su hijo y las sostenía. Sólo después de la experiencia del espejo es cuando la imagen del cuerpo del bebé da forma a su propio esquema corporal, según el lenguaje que constituye la imagen del cuerpo para el sujeto, en referencia al sujeto madre. El niño sólo descubre su aparente integridad o no, su carácter euforizante o no, si su narcisismo se satisface con la imagen que ve en el espejo y que cualquier otro podría ver.

Abocándonos a dichos conceptos, tomados de los diferentes autores planteados con anterioridad, podemos replantearnos el interrogante abierto al principio del escrito, preguntándonos si la imagen corporal podía verse influenciada por los bombardeos de las publicidades editadas por los medios de comunicación referentes en la actualidad, y damos cuenta de que la misma se empieza a construir desde muy pequeños y su interrelación con el esquema corporal, entendiéndolo como *el cuerpo que nos representa*, requiere esencialmente de la construcción de un clima social en el cual se pueda desarrollar el niño, y el mismo debe ser contenedor y fundamentalmente afectivo, ya que la buena constitución de la imagen corporal, a través del lenguaje brindado por el Otro, le permite al niño diferenciar su yo, integrando su imagen que lo diferencia del resto, de su no-yo, posibilitándolo a atravesar los diferentes desarrollos llevados a cabo en los diferentes ciclos evolutivos y avanzando en su vida sin aparentes dificultades.

En cambio, si no hay otro que lo reconozca, que lo demande, esta constitución de la imagen corporal se verá dificultada y podrá terminar en diferentes patologías muy comunes en la actualidad, quedando el niño sólo con un esquema corporal, sin poder el mismo reconocerse y así *construirse* junto con ese Otro, o mejor dicho, gracias a ese otro, como sujeto. Claro ejemplo del mismo, son las infinidad de patologías presentes en la actualidad, en donde se ve una distorsión en la imagen corporal del sujeto.

En el capítulo siguiente, como adelantamos anteriormente, nos abocaremos, a la influencia que pueden tener los medios de comunicación, el marketing y el consumo propiamente dicho, en la forma de percibir nuestra imagen corporal. Que entendemos que la misma, se conforma en la constitución subjetiva, pero consideramos que puede tener variaciones, a raíz del atravesamiento de las diferentes vivencias biológicas como así también culturales a las cuales nos enfrentamos todos los seres humanos a lo largo de nuestra vida.

Capítulo III

Infancia y sociedad actual: ¿Sujetos u objetos de consumo?

Todos sabemos que cada época y cultura marcan y producen infancias diferentes. Las infancias son marcadas culturalmente por los juegos, las costumbres y las posibilidades que cada sociedad construye, ofrece y reproduce, a través de las diferentes épocas; es decir, que los niños se encuentran totalmente atravesados por todos estos factores que producen efectos en sus subjetividades. Pero, actualmente, sabemos que las infancias ya no sólo estarán marcadas por los juegos y las diferentes configuraciones reproductivas que plantean las culturas. Hoy, en las complejas formas materiales, obscenas y banales que adquieren nuestras sociedades contemporáneas, muchas infancias, no logran escapar de los destinos que la maquinaria de producción y consumo de este mundo globalizado impone.

Sirviéndonos de lo leído en el libro de Rocha, podemos exponer lo dicho por Bauman: la variedad moderna líquida de adiaforización, (neutralidad), se moldea a partir del patrón de la relación consumidor-mercancía, y su eficacia depende del trasvase de ese patrón a las relaciones interhumanas. Como consumidores, no juramos una lealtad inquebrantable al producto que buscamos, compramos para satisfacer nuestras necesidades o deseos, y seguimos usando sus servicios mientras siga cumpliendo nuestras expectativas o hasta que encontremos otro producto que promete satisfacer los mismos deseos más minuciosamente que el adquirido con anterioridad, todos los bienes del consumidor, incluidos los descriptos como *duraderos*, son eminentemente intercambiables y prescindibles; en la cultura consumista -inspirada en el consumo y la atención al consumo- el tiempo entre la compra y la eliminación tiende a reducirse al grado en que el placer derivado de los objetos de consumo pasa de su uso a su apropiación. La longevidad de uso tiende a abreviarse, y los episodios de rechazo y eliminación tienden a ser más frecuentes cuanto más rápidamente se agota la capacidad de los objetos para satisfacer (y ser deseados). Una actitud consumista puede lubricar las ruedas de la economía, pero lanza arena en los engranajes de la moralidad (Rocha, 2018).

A raíz de esto, nos pareció oportuno, plantear lo que Freud se pregunta, en su escrito '*el malestar en la cultura*', acerca del hombre en sociedad: ¿Qué fines y propósitos de vida expresan los hombres en su propia conducta; que esperan de la vida, que pretenden alcanzar de ella? Y a esta objeción responde: los hombres aspiran a la felicidad, quieren llegar a ser felices, no quieren dejar de serlo. Lo que en sentido estricto se llama felicidad, surge de la satisfacción, casi siempre instantánea, de necesidades acumuladas que han alcanzado elevada tensión y de acuerdo con esta índole solo puede darse como fenómeno episódico (Freud, 2013).

Es así, que consideramos que en nuestra sociedad, hoy en día, éste concepto de felicidad planteado por Freud tantos años atrás, no se comprende... justamente, lo que se busca es incansablemente ese *estado de felicidad* que aparentemente son encontrados en determinados productos que se nos ofrecen a diario, pero dicho estado, sólo dura segundos, porque en instantes es reemplazado por otro objeto que supera al anterior y así el círculo no termina... provocando así, lo planteado por Bleichmar como *pulsión voraz*, entendiéndola como aquel estado de destrucción, de los objetos, producido por el capitalismo, el cual tiende a generar permanentemente el deseo de objetos a los cuales la mayoría no puede acceder y que termina despertando la voracidad relacionada con la compulsividad generalizada en nuestra sociedad.

{...}Tenemos una sociedad en donde la voracidad es incrementada por los modos de representación, y, además, es considerada válida desde el punto de vista de los ideales. Pero si hay una cuestión extraordinaria es que la voracidad es insatisfactoria por definición, porque cuando Klein plantea la destrucción del objeto en su consumación, lo que pone en el centro es

que no hay placer {...}. El único sentido, entonces, es la destrucción del objeto. No es que la sociedad se ha *pulsionalizado*, eso sería absurdo, lo que ha ocurrido es que ciertas tendencias devienen sintomáticas y son incrementadas en la medida en que varían los modelos del yo y los modelos del ideal (Bleichmar, 2011: 131).

Ésta es nuestra manera de vivir en la actualidad, ensimismados en buscar estados o sentimientos en cosas que no lo brindan, sin darnos cuenta, que lo que realmente te hace *sentir*, son las simplezas que todos tenemos delante de nuestros ojos, y que lamentablemente, al seguir *ciegos* ante ellos, se irán perdiendo por completo. Los lazos sociales ya no son los mismos que los de años atrás, hoy en día nos preocupa más llegar a tener los objetos que nos brindan ese estado de felicidad, que el amor y afecto de los nuestros, que es verdaderamente en donde se encuentran los mejores y puros estados de felicidad compartidos.

Por lo que consideramos, que las dificultades materiales, la imposibilidad de garantizar la seguridad futura, el incremento del anonimato y el cercenamiento de metas, en general, no alcanzan para definir, cada una en sí misma, de este malestar sobrante sentido por la sociedad actual. El malestar sobrante está dado, básicamente, por el hecho de que la profunda mutación histórica sufrida en los últimos años deja a cada sujeto despojado de un proyecto trascendente que posibilite, de algún modo, avizorar modos de disminución del malestar reinante. Porque lo que lleva a los hombres a soportar la prima de malestar que cada época impone, es la garantía futura de que algún día cesará ese malestar, y en razón de ello la felicidad será alcanzada (Bleichmar, 2005).

De todos nosotros es conocido que vivimos en una época en donde nada nos puede faltar. Y, si curiosamente algo nos falta, es absolutamente necesario tratar de ocultarlo y taparlo rápidamente. Lo que no aceptamos es la castración del otro, porque en algún punto resignifica nuestra castración. Desde el pago a plazos, para obtener el objeto ansiado de forma inmediata, hasta ese eslogan de *si no te gusta le devolvemos el dinero* o ese otro de *tenemos un producto para cada necesidad*, vivimos en una época en la que se vivencia la saturación perpetua y constante del deseo a favor de la plenitud siempre posible. *No se prive. Téngalo todo y no espere a mañana. La plenitud es posible*; se respira continuamente en este ambiente social actual como promesa de salvación. Actitud ésta que trata de evitar, ante todo, el tener que enfrentarnos a una pérdida inexorable. Por eso, en este mundo actual plagado de objetos que tergiversan la necesidad mediante el consumo, es como si no hubiera lugar para que el deseo como tal se pudiera constituir, teniendo que pagar ante tanta saturación de objetos con esa inmensa *insatisfacción reinante de que hace gala el hombre moderno*, un hombre profundamente ignorante de su deseo y alienado tanto al otro del consumo como a la técnica instrumental. Así, el deseo, entendido como aquello que viene a faltar, se obtura sistemáticamente con objetos señuelos, que rápidamente pasan a ser desvirtualizados y desechados por hipotéticos objetos futuros, que definitivamente vendrán a aplacar esa sed de completud. Hay como todo un juego permanente en nuestro mundo actual en torno a cómo conseguir y tratar de tapar insistentemente ese vacío interno, un vacío que, pese a la maniobra de obturación consumista, se nos revela como perpetuo a través del grito de esa hiancia de insatisfacción que siempre asoma.

Hay, a su vez, en nuestro estilo de vida, marcado por la impulsividad, como un horror al vacío tan constante que hace que, por ejemplo, la palabra imposible se borre de nuestro léxico a favor del eslogan *todo será posible si usted adquiere este objeto*, un eslogan que facilita que continuamente nos veamos asaltados por objetos de consumo que no aportan más idealización y valor a nuestra vida que el consumo por el simple acto de consumir. Es como sí, en este caso, el objeto de consumo, al igual que un fetiche, sirviera de tapadera a cualquier otro ideal que no fuera el consumo compulsivo. Sin embargo, en esta sociedad del consumo, a la vez que consumimos más y más para tratar de tener todo lo que se nos torna

como imposible (más salud, más juventud, más belleza, más felicidad, etc.), lo que se nos devuelve de forma insistente es una insatisfacción constante, que obliga, a partir de los mensajes que recibimos retroactivamente desde nuestro propio ámbito cultural, a consumir nuevos objetos, que, en lugar de traernos la paz deseada, perpetúan nuestra insatisfacción, bien llamada *neurótica* y a raíz de la cual, se puede pensar que, como anteriormente decíamos, como en el caso del fetiche, vivimos negando la *castración* entendiéndola a esta, en este apartado, como la imposibilidad de obtener el alivio a nuestro deseo. O mejor dicho, leyendo a Bleichmar, se lo podría plantear como una represión, pensándola como imposibilidad de resolución de las tensiones que genera nuestro deseo.

Es a partir de lo planteado con anterioridad, que se nos hace imposible no replantearnos como sujetos de deseo, justamente qué lugar ocupa nuestro *deseo* en esta sociedad contemporánea. Y es así que nos preguntamos: ¿A qué mutaciones de la sociedad nos someten las nuevas tecnologías? ¿Cuáles son sus alcances? ¿Cambian los modos de percepción de la realidad a partir de la transformación que los nuevos modos de organización de la información imponen?

Que nuestra subjetividad se construye en medio de pluricausalidades simultáneas, tampoco es un hecho que se pueda negar. Pero, las diversas necesidades de anclaje o de focalización que siempre aparecieron en la cultura del hombre como estructura fundamental de la supervivencia, no pueden ser fácilmente borradas, aunque sí pensadas desde formas de construcción que ya no sean aquellas que nos propuso el imperio instrumental de la escritura.

La cultura actual se encuentra fuertemente marcada por los medios de comunicación audiovisuales. Y, más recientemente, esa producción y circulación de imágenes se ha multiplicado exponencialmente gracias a la irrupción triunfal de las redes informáticas. Esos procesos implicaron una profunda transformación del lenguaje, que afectó a los modos de expresión y comunicación en todos los ámbitos, inclusive en campos tan vitales como la construcción de uno mismo, las relaciones con los demás y la formulación del mundo. En la sociedad informacional, espectacular e hiperconectada mediante redes interactivas, se desmorona la utopía comunicacional que iluminó el sueño ilustrado sustentado al proyecto moderno; sobre las ruinas de esa ilusión, sin embargo, cabría ahora inventar pequeños lazos precarios pero quizás potentes, meramente situacionistas o válidos para cada ocasión (Sibilia, 2012).

En dicha sociedad, la belleza física cobra un papel importante, entendiéndose ser bella como lucir atractiva de acuerdo a los juicios y aceptaciones de ambos sexos, y de las imposiciones que se construyen a partir de la sociedad, donde ser bella significa ser: delgada, lucir joven, mantener un cuerpo firme y una apariencia saludable, ser exitoso en lo que uno hace, entendiéndolo desde el *narcisismo* propio del sujeto, no del concepto tomado de Freud en 1914, cuando se empieza a pensar en el mismo como un momento estructural y necesario en la vida del sujeto, que le da la posibilidad, a través del yo realidad, de poder lidiar adecuadamente con las experiencias de placer y displacer que se nos presentan; sino pensándolo en la actualidad, como amor propio por uno mismo desde el lado de belleza, e ideal, que está muy presente en el *deseo* de cada uno de nosotros, por el cual luchamos día a día y que, sin embargo, ser bella parece una meta inalcanzable. Hay una preocupación constante y sentimiento de insatisfacción, pues siempre se puede lucir mejor; es decir, a pesar de que los estereotipos de belleza pueden ser revalorados y adaptados a su realidad, representan una exigencia que las jóvenes no pueden cumplir. Hoy se ha apuntado a convertir la belleza en un estereotipo rígido y estructurado que invalida, de forma más o menos evidente, todos aquellos rasgos y formas que no entren en la norma de la moda, creando así una necesidad de acoplarse a la misma, bajo el coste que sea (económico, emocional, somático) lo que en muchos casos va emparentando o deriva en, por ejemplo, trastornos de la conducta alimentaria.

La idea de belleza esta finamente asociada a una idea implícita, en algunos casos de poder. Poder no sólo en cuanto al ejercicio de rigurosidad y dominio sobre el propio cuerpo, sino que también se refiere, al poder que se logra mediante la propia imagen. Ahora bien, los medios de comunicación audiovisuales (programas de tv, campañas de ropa interior, cartelera en edificios con publicidad de perfumes, bebidas, etc., que muestra mujeres y hombres musculosos y tonificados) han tenido un papel preponderante en lo que a esta cosmovisión del cuerpo se trata. Es así que comienza a mostrarse un ideal tiránico y un esquema del deber ser en cuanto imagen corporal que comienza a propagarse con un mensaje subliminal en el que se asocia a la imagen del cuerpo atractivo, delgado, tonificado, ideales sobre la felicidad y el éxito, lo que promueve un alto impacto en la subjetividad y un peligroso condicionamiento en la autoestima.

Sobre esto, podemos realiza una crítica, en cuanto consideramos, que la misma, debe ser hecha a los medios publicitarios por el bombardeo de imágenes que utiliza, con personas de cuerpos trabajados, musculatura firme, estatura y talles proporcionados, dentadura perfecta, cabello dócil, piel lisa y tono uniforme, donde se muestra un modelo estandarizado de lo que es considerado bello o estéticamente aprobado, excluyendo de tal aprobación los talles que no se ajustan a lo promocionado, la variedad en las tonalidades de la tez (lo que depende de la genética y procedencia geográfica de las personas), sin mencionar todos los rasgos que quedan tajantemente por fuera de los modelos estandarizados como las arrugas (asociado a uno de los temas de época como lo es el envejecer), el acné, las estrías, las celulitis, la calvicie, los lunares y pecas, el cabello definitivamente rizado, desproporciones de rasgos físicos en relación al resto del cuerpo, etc. Todo esto, es lo que genera un alto monto de ansiedad y un fuerte impacto en la autoestima y su construcción, ya que se llega a luchar contra la propia identidad, porque los rasgos de la persona van en contra o no se asemejan a la imagen redituable y asociada a factores como lo bello, lo deseado, lo digno, lo exitoso, etc. Todo aquello que no es logrado en la naturaleza del cuerpo, se puede conseguir a través de innumerables cirugías que nunca lograran aquello que la imagen les demanda. Y es así, que pensamos que a través de esta invasión de publicidades sobre el *ideal corporal*, se ve afectado el anudamiento, del cual habla Lacan, que hace posible la constitución de base de la subjetividad humana. Si no tenemos a otro que nos instale a través del lenguaje, en el mundo simbólico, nos quedamos en el registro puramente real, tan difícil de describir, ya que excede a lo que podría pensarse como la realidad misma; es lo que no puede pensarse, imaginarse ni representarse.

El auge y expansión de los medios de comunicación audiovisuales sitúan simbólicamente ese mensaje de felicidad individual en la imagen del cuerpo o, mejor dicho, de determinados modelos de cuerpo.

Cuando la identidad personal está cuestionada a través de los incesantes cambios de sentido que marcan a la modernidad, cuando los otros se vuelven menos presentes, cuando el reconocimiento de uno se vuelve un problema, aun cuando no sea a un nivel muy grave, queda, en efecto, el cuerpo para hacer oír una reivindicación de existencia. Se trata de convertirse en una escritura, por medio de los signos del consumo, o peor, por medio de la somatización (Le Breton, 2002).

Es así que el cuerpo deriva de un escenario de tensiones en el marco de la demanda desde lo socio-cultural, lo que muchas veces produce una desubjetivación en los componentes de la vida del sujeto, donde el deseo es reemplazado por una compleja secuencia de comportamientos compulsivos, cuando la no realización de lo deseado, es el desencadenante de cierto grado de angustia.

Cuando la subjetividad no puede dar un sentido a lo que acontece (pues fallan o son endeblen los soportes a la simbolización), hay algo que parece desbordarse traduciéndose en una necesidad de colmar la angustia, de llenar el vacío representacional, y como plantea Le Breton, un medio frecuentemente pero engañoso de colmar dicho vacío, es el consumo. A

su vez, las exigencias de tiempo y rendimiento que las últimas décadas demandan en forma creciente y el impacto consecuente en todas las áreas que abarcan a la persona, llevan muchas veces a un desajuste orgánico entendiéndose como posible reflejo de un desequilibrio interno ante la exigencia de los nuevos desafíos y la falta de recursos psíquicos para afrontarlo: en la vida social, el cuerpo se vive, frecuentemente, como una molestia, un obstáculo, fuente de nerviosismo o de cansancio, más que como alegría o como si se escuchase una posible música sensorial. Las actividades del sujeto consumen más energía nerviosa que energía corporal. De aquí la idea, muy común actualmente, del *buen cansancio* (vinculado con las actividades físicas) y del *mal cansancio* (vinculado con el desgaste nervioso) (Le Breton, 2002).

Bauman (2000) al igual que Lipovetsky (2002) son dos autores que retratan en sus libros una crítica al estilo de vida actual el cual tiene sus cimientos en torno a la propuesta del mercado a nivel de consumo en cada área que el cuerpo, la imagen y el prestigio social estén implicados. Dichos autores, sostienen que en relación al consumo masivo, la pretensión social y el status no sería el motor principal de este, sino que el consumo de indumentaria, artículos de belleza, de tratamientos corporales, etc., es la búsqueda de nuevas sensaciones, de seducirse a uno mismo y no tanto por deslumbrar a los otros. Es así que el deseo es movido por lo que los objetos, productos y servicios brindan, la vigencia de los mismos se mantiene hasta que se acaba su uso o función, hasta que surge algo que supera a lo anterior en calidad, en innovación pero más que nada que supere la vivencia de las sensaciones.

Consideramos que el consumismo es uno de los aspectos centrales del estilo de vida posmoderno y que es el cuerpo donde se ancla el placer por el mismo, en el que de una forma cada vez más evidente el sujeto consigue aquello que desea con un esfuerzo cada vez menor. Hoy en día, las relaciones parecen guiarse bajo premisas mercantiles, no sólo con los objetos en sí, sino también para con las demás personas, degenerando así la calidad de los vínculos interpersonales en los que prima el interés por el provecho que se puede sacar del otro, el descarte y desinterés de los mismos, etc.

De igual forma, la ansiedad y la culpa que puede provocar no alcanzar los estándares físicos esperados, no es tan disonante si se contextualizan las lógicas de consumo que se contradicen con el estilo de vida sano que se busca promover: por un lado, describe, que se pone el énfasis en la vida sana, con una alimentación balanceada, ejercicio físico regular y controles médicos pertinentes y por el otro lado, la cultura consumista que continuamente a través de distintos medios y formas, promueve la saciedad de deseos viviendo el hoy, sin pensar en las consecuencias ni el mañana (como si fuese un futuro lejano que no amerita reflexión y mucho menos sentimientos de culpa).

El capitalismo se ha metido de lleno en el espacio y las sensaciones cenestésicas del cuerpo. Los cuerpos y las subjetividades son construcciones sociales enmarcadas en condiciones específicas de realización. Se ubican en coordenadas de espacio y tiempo. Las relaciones humanas que se establecen entre los sujetos, se manifiestan en redes de relaciones sociales y están medidas por distintas instituciones sociales. La relación entre el sujeto y las instituciones produce la construcción y reconstrucción de diversas realidades culturales. La constitución del cuerpo, la realización del sujeto y la producción de la subjetividad se materializan en la participación de estos conceptos dentro de estas tramas intersubjetivas.

Como planteábamos en el capítulo anterior, y sirviéndonos de lo planteado por Lacan sobre la conformación del aparato psíquico (asunción del sujeto de su propia imagen), junto con su imagen es lo que le da la posibilidad de adquirir el control de sí mismo. El yo no se constituye en un movimiento del interior al exterior, es decir, el yo no se constituye mediante la identificación con una imagen que no es solamente el yo, sino Otro. El yo está constituido de manera ficcionada, se aliena a la ilusión de algo que aparenta completud, porque el yo

quiere ser eso. El yo sigue esa línea de invención, desde su constitución, detrás de la ciencia, un trabajo, un título, un logro, un cuerpo deseado, ahí donde nos sabemos carentes, donde no hay, donde se priva, aparece como promesa de ser algo valioso, algo completo, dotándonos de una identidad, de permanencia.

El capitalismo y su modelo de consumo colocan al Otro del mercado en un lugar de privilegio, poseedor de todo lo que se desea. Podrían llamarse a sus productos *objetos plus de goce* insistiendo en ocupar el lugar del goce perdido. Goce que causa el deseo y que jamás será satisfecho. Se podría pensar que tanto el dispositivo social, los discursos médicos como los ideales de belleza, provenientes del exterior son incorporadas por el sujeto; pero muchas veces son metas irreales, imposibles de alcanzar, que igualmente las personas pretenden seguir.

Por eso nos resulta importante destacar, siguiendo a Rocha, que sostenemos que más allá de que nuestras sociedades cambien continuamente, y de que produzcan nuevas formas de subjetividades, que se moverán acorde de los parámetros vigentes de cada cultura, éstas, nunca podrán interferir del todo en las experiencias sensibles que el hombre vive en su más tierna edad. Nunca podrán terminar de meterse en esas escenas afectivas que marcan a una persona. Lo sensible, resistirá al paso de las oleadas de las civilizaciones materialistas y líquidas, en las que cada vez nos sumergimos más. Nunca podrán empapar con su frialdad mercantilista las millones de escenas que se producen, día a día, en los mágicos mundos de los niños. Pero como marcábamos en el capítulo anterior, para que esto tenga lugar y se desarrolle de la manera esperada, tiene que existir un clima afectivo y de recibimiento de ese Otro. Por lo que nos parece fundamental poder destacar que consideramos de vital importancia, que en los primeros años de vida de todo sujeto, exista ese Otro que lo demande y que le exija y así le dé la posibilidad de entrar en este mundo como *sujeto de deseo*.

Conclusión

Para ir dándole un cierre a este escrito, si es que se puede pensar en un *cierre* con lo que la palabra misma implica, nos resulta primordial mencionar, que dicha temática nos parece tan interesante como enigmática a la vez.

Al abocarnos a un concepto tan primordial y añejo, planteado ya en la sociedad freudiana, nos sorprende el carácter actual que adquiere hoy en dicho trabajo, ya que a través de el mismo, pudimos ir relacionando determinados temas corrientes a lo largo de nuestra carrera, dándonos cuenta del interés que nos surgió, poder tomarlos en nuestra futura y cercana profesión, para así, repensar su abordaje en la clínica. Dichos conceptos como pulsión, castración, complejo de Edipo, narcisismo, etc., parecen tan lejanos en su definición, que poder retomarlos y relacionarlos con temáticas tan actuales de nuestra sociedad, nos ilusiona fuertemente.

Si bien, se fueron respondiendo, no de manera literal, los interrogante planteados en la introducción de dicho escrito, nos parece importante, dejar en claro, nuestra opinión sobre los mismos, que fueron los que dieron origen al tema elegido y, a la vez, a partir de la búsqueda para su desarrollo, fueron surgiendo otros que nos movilizan a seguir profundizando.

Dando cuenta del recorrido transcurrido, sostenemos que la constitución de subjetividad, es un proceso constitutivo que se empieza a formar desde el comienzo mismo de gestación, o aún antes del mismo, en el deseo de los progenitores, pero que se irá moldeando con las experiencias que vayan transcurriendo a lo largo de la vida del sujeto.

Es así, que nos pareció importante, relacionar dicha constitución con conceptos tan fundamentales como la imagen corporal y el esquema corporal, a través de los cuales nos servimos para poder dar cuenta de nuestra constitución como sujetos, posibilitando la diferenciación a través del reconocimiento del Otro, justamente de ese otro, y la variación que dichos conceptos pueden tener en su constitución, influenciados por los medios de comunicación tan presentes en nuestras sociedad capitalista actual.

A raíz de el recorrido planteado para el desarrollo de dicho trabajo, podemos plasmar nuestra opinión al respecto, dando cuenta de que la imagen corporal puede verse distorsionada en diferentes etapas de la vida del sujeto, pero sostenemos que la misma, no llegaría a modificarse del todo, o mejor dicho a *perderse*, si su constitución en los primeros años de vida del sujeto, estuvo marcada desde el inicio mismo de la vida, por otro, que le dio la posibilidad de ingresar a la cultura a través del regalo del lenguaje, permitiendo la simbolización del niño como sujeto. Construyendo la identificación del sujeto en función de la mirada del reconocimiento del otro.

Sostenemos que las posibles distorsiones que puede sufrir la imagen corporal, están directamente relacionadas con las constantes estimulación que se reciben desde el exterior, (ya sea a través de los medios de comunicación como también de los grupos de pares con los que nos relacionamos o líderes mediáticos a los cuales seguimos a través del acceso que tenemos a las redes sociales, que nos permiten estar *en línea* permanentemente), y no tendrían más importancia que *modificaciones pasajeras* en nuestra percepción, si tenemos la posibilidad de *conectar* fuertemente con otro que nos marque y traiga al mundo real, haciéndonos ver, o mejor dicho, *vernos* como el sujeto de deseo que somos en realidad y luchar por esos deseo que nos constituyen, y no por el deseo inalcanzable que la sociedad capitalista nos impone para que vivamos ensimismados en una nube irreal de tener todo lo que se desea al conste que sea, entendiendo el mismo, como la modificación de *sujetos de deseos en máquinas perfectas*.

En nuestra sociedad actual, donde permanentemente, nos encontramos cada vez más, con sujetos puros narcisismo tanto a nivel individual como social, enfatizado por el auge y expansión de las redes sociales que permiten autopromocionarse a coste de más me

gusta o seguidores que el resto, consideramos que es muy difícil mantener los pies sobre la tierra. Y pensamos que son más las posibilidades de sufrir modificaciones constantes en nuestra percepción de la imagen corporal, que la posibilidad de reconocernos y encontrarnos con la imagen que fuimos construyendo con el reconocimiento del otro y conviviendo (esquema corporal) a lo largo de nuestra vida.

Y hablando de esto, sirviéndonos de lo planteado por Bleichmar, nos parece fundamental, destacar el término de crueldad, pensándolo tan presente en nuestra sociedad actual, no como crueldad en sentido de sadismo, agresión, sino como inferencia misma, en donde el otro me resulta totalmente indiferente, hasta que rompe la barrera de mi molestia transformándolo automáticamente en perturbador. Pero nunca existe como *sí mismo*. Nuestra sociedad actual está muy marcada por los conceptos de individualismo, autonomía y sobre todo independencia, entendiéndola como una sociedad cruel pero en el sentido psíquico del término.

Por lo que sostenemos que a pesar de que creemos que la subjetividad puede sufrir variaciones por los diferentes perturbadores de atención que están presentes en las sociedades actuales, la importancia que tiene la creación del lazo social desde el nacimiento, es aún mayor que cualquier influencia perceptiva. Pero lo que nos parece que debemos considerar y promover desde nuestro lugar en la futura práctica, es que se tiende a seguir teniendo presente este momento fundamental en los primeros años de vida, que permiten crear los lazos y fundamentalmente permiten la entrada del niño en la cultura como sujeto, como sujeto de deseo.

Por lo que, consideramos que debemos enfocarnos, en fomentar el diálogo y la creación de lazos desde el principio mismo de concepción de la vida, e interceptar la creación de independencia que están teniendo los sujetos desde niños, a través de la facilitación que nos resulta darle el celular o tablets para que miren "dibujos" y se queden piolas, para así nosotros hacer constantemente la infinidad de tareas y ocupaciones que nos imponemos a diario, sin darnos cuenta, que esta independencia que les damos a los niños, no hace más que colaborar en la realización de la creación de un mundo de fantasía en el cual se encuentran inmersos sin el intercambio con el exterior.

Referencias bibliográficas

Bauman, Z. (2000). *Modernidad líquida*. España: Fondo de cultura económica de España.

Bleichmar, S. (1993). *La fundación de lo inconsciente*. Buenos Aires: Amorrortu.

Bleichmar, S. (2005). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topía.

Bleichmar, S. (2016). *La construcción del sujeto ético*. Buenos Aires: Paidós.

Casas, M. (2002). En torno al rol del espejo, Winnicott, Lacan, dos perspectivas. *Revista EAPG*. Recuperado el Julio de 2017, de <file:///F:/TIF/Libros%20PDF/Entorno%20al%20rol%20del%20espejo.%20Winnicott,%20Lacan,%20dos%20pespectivas..html>

Dolto, F. (2015). *La imagen inconsciente del cuerpo*. Buenos Aires: Paidós.

Evans, D. (2010). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.

Figari Puyo, E. (2015). *Cuerpo, imagen y goce: aproximaciones a la obesidad desde el psicoanálisis*. Trabajo monográfico no publicado. Universidad de la República, Montevideo.

Foucault, M. (1989). *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Freud, S. (2013). “*Interpretación de los Sueños*”. En Sigmund Freud, *Obras Completas*. Buenos Aires: SIGLO XXI.

Freud, S. (2013). “*Introducción del Narcisismo*”. En Sigmund Freud, *Obras Completas*. Buenos Aires: SIGLO XXI.

Freud, S. (2013). “*El malestar en la cultura*”. En Sigmund Freud, *Obras Completas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. (1949). *Estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia analítica*. En J. Lacan, *Escritos 1*. Suiza. Recuperado el 23 de Junio de 2017, de <http://www.bibliopsi.org/docs/lacan>.

Lacan, J. (2013). *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lacan, J. (1999). *Seminario V: Las formaciones del Inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.

Le Breton, D. (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Levin, E. (1991). *La clínica Psicomotriz. El cuerpo en el lenguaje*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Lipovetsky, G. (2002). *La tercera mujer*. Barcelona: Anagrama.

Martínez C. (2017). “*La imagen corporal femenina y la belleza como producción cultural y subjetiva*”. Trabajo monográfico, Universidad de la República, Montevideo.

Rojas Hernández, M. d., & Soto Pérez, B. (2007). El acceso de un bebé al estadio del espejo: constitución del yo especular y transativismo. *Enseñanza e Investigación en Psicología*, 12(1). Recuperado en Julio de 2017 de https://www.cneip.org/documentos/revista/CNEIP_12-1/Rojas_Hernandez.pdf

Rocha, M. (2018). *Las marcas de la infancia. Destinos de lo sensible*. Rosario: Laborde.

Schilder, P. (1935). *The image and appearance of the human body*. Oxford, England: Kegan Paul.

Sibilia, P. (2002). *¿Redes o paredes?: La escuela en tiempos de dispersión*. Buenos Aires: Tinta fresca S.A.

Yorlano, L. (2005). "La importancia del vínculo madre-hijo en el inicio de la constitución subjetiva". En *Lenguaje: Una perspectiva interdisciplinaria*. Rosario: Amalevi.

"Diccionario de Psicología". Comunidad Psicopsi. Visite en Agosto de 2018 <http://psicopsi.com/Diccionario-psicologia-letra-S-Subjetividad-Sujeto-del-vinculo>.